

LUCIO ANNEO SÉNECA

SOBRE LA BREVEDAD  
DE LA VIDA, EL OCIO  
Y LA FELICIDAD

TRADUCCIÓN DEL LATÍN  
DE EDUARDO GIL BERA

BARCELONA 2013



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *De brevitate vitae, De otio, De vita beata*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© de la traducción, 2013 by Eduardo Gil Bera  
© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición:  
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fragmento de *La source*, de Gustave Courbet

ISBN: 978-84-15689-64-5  
DEPÓSITO LEGAL: B. 6992-2013

AIGUA DE VIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composición*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN junio de 2013

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—including las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

# I

La mayor parte de los mortales, Paulino,<sup>1</sup> se queja de la malevolencia de la naturaleza porque nos engendra para un período escaso, y ese tiempo concedido se nos pasa tan rápido y veloz que, exceptuando a muy pocos, al resto le abandona la vida durante los propios preparativos de la vida. De esa desgracia tenida por común no sólo se queja la gente y el vulgo ignorante; también su sentimiento ha suscitado las lamentaciones de los hombres esclarecidos. De ahí esa exclamación del mayor de los médicos: «La vida es breve y el arte larga».<sup>2</sup> De ahí el litigio, impropio de un hombre sabio, del exigente Aristóteles contra la naturaleza: «Por ser tan concesiva en la edad de los animales, que les asigna hasta cinco o diez generaciones, y al hombre, nacido para tantas y tan grandes cosas, le señala un término mucho más corto».<sup>3</sup> No tenemos

<sup>1</sup> Paulino Pompeyo, pariente político de Séneca, supervisor de la provisión de grano en Roma bajo el gobierno de Nerón. (*Todas las notas son del traductor*).

<sup>2</sup> Primer aforismo de Hipócrates (*Aforismos*, I, 1).

<sup>3</sup> Cicerón atribuye este juicio a Teofrasto (*Cuestiones tusculanas*, III, 69).

poco tiempo, sino que perdemos mucho. La vida es lo bastante larga y, si toda ella se invierte bien, se concede con la amplitud necesaria para la consecución de la mayor parte de las cosas. Pero si transcurre entre exceso y negligencia, y no se emplea en nada bueno, sólo cuando nos oprime la última hora sentimos que se va lo que no comprendimos que pasaba. Lo que significa que no recibimos una vida breve, sino que la abreviamos; y que no somos indigentes de vida, sino derrochadores. Así como riquezas abundantes y propias de un rey, si caen en mal dueño, al momento se disipan, y una fortuna módica, si la lleva un buen gestor, crece al usarla, así nuestro tiempo de vida rinde mucho a quien lo administra bien.

## II

¿Por qué nos quejamos de la naturaleza? Ella se ha portado con generosidad; la vida, si sabes usarla, es larga. Pero a uno lo domina la insaciable avaricia, a otro, el afán de ocuparse en quehaceres superfluos; uno se impregna de vino, otro se adormece en la inacción; uno se fatiga con la ambición siempre pendiente de los juicios ajenos, otro, metido de cabeza en la pasión de comer-

ciar, recorre todas las tierras y mares a la redonda con la esperanza del lucro; a algunos los atormenta la pasión de la milicia, siempre pendientes de los peligros ajenos o ansiosos por los suyos; hay a quienes consume, en servidumbre voluntaria, el culto ingrato a los superiores; a muchos les absorbe el sentimiento de la fortuna ajena o la queja por la propia; a la mayoría, que no persigue nada determinado, la ligereza vaga, inconstante e insatisfecha de sí misma la precipita a nuevos planes; a algunos nada les gusta como meta, pero abrazan el destino del embotado indolente, de modo que no dudo de la verdad de la aseveración, dicha a modo de oráculo, del máximo de los poetas: «Es exigua la parte de vida que vivimos».<sup>4</sup> En verdad, todo el espacio restante no es vida, sino tiempo.

Les urgen y acosan los vicios por todas partes, y no les dejan levantarse ni elevar los ojos para el

<sup>4</sup> El verso se ha atribuido a Homero y también a Virgilio, dada la relativa cercanía conceptual de *Ilíada*, VI, 146 y de *Eneida*, X, 468. Pero la denominación «*maximum poetarum*» hace pensar que no se refiere a ellos, nombrados en otros pasajes de Séneca como «*poetarum graecorum maximus*» y «*maximus vates*» respectivamente. Como se trata en origen de un senario yámbico, es probable que se refiera al poeta épico Quinto Ennio.

discernimiento de la verdad, sino que los aplastan inmersos y hundidos en la pasión. Nunca pueden volver en sí. Cuando, por ventura, les sobreviene cierta quietud, ellos, semejantes al mar de fondo donde perdura el oleaje después del viento, se agitan sin descansar jamás de sus pasiones. ¿Piensas que hablo de esos cuyas desgracias son patentes? Fíjate en aquellos cuya felicidad se acumula: les agobian sus bienes. ¡A cuántos les pesan las riquezas! ¡A cuántos les cuesta sangre su elocuencia y preocupación cotidiana por ostentar ingenio! ¡Cuántos palidecen en sus continuas pasiones! ¡A cuántos no les queda libertad, rodeados por la multitud de su clientela! Fíjate en todos estos, del más bajo al más elevado: éste apela, aquél comparece, ése prueba, aquél defiende, el de más allá juzga, y nadie está por sí, cada cual se consume por otro. Pregúntate por esos cuyos nombres se conocen, verás que se distinguen por estas señales: ése es servidor de éste, y éste lo es de aquél, ninguno lo es de sí mismo.

Por otro lado, la indignación de algunos es el colmo de la insensatez: se quejan del desdén de sus superiores que no tienen tiempo de recibirlas cuando ellos lo desean. ¿Se atreve a quejarse por la soberbia ajena quien nunca tiene tiem-

po para sí? Con todo, quienquiera que seas, él te atendió una vez, con rostro altivo sí, pero prestó oído a tus palabras y te recibió a su lado. Tú nunca te has dignado mirar en ti ni escucharte. Así que no tienes por qué imponer a nadie esos servicios, pues lo cierto es que, al hacerlos, no querías estar con otro, sino que no podías estar contigo.

### III

Si bien todos los ingenios que alguna vez brillaron muestran unanimidad al respecto, nunca se admirará lo bastante esa obcecación de las mentes humanas. A nadie le consienten que ocupe sus propiedades y, si surge el menor conflicto sobre los linderos, recurren a las piedras y las armas; en cambio, permiten que otros se introduzcan en su propia vida, más aún, ellos mismos introducen a sus futuros poseedores. A nadie se hallará que quiera compartir su dinero; ahora bien, ¡con cuántos reparte cada cual su vida! Son de puño cerrado a la hora de mantener el patrimonio y, a la vez, llegado el momento de perder el tiempo, son generosísimos con lo único con lo que la avaricia es honesta.

Así que da ganas de argumentar a uno de la

multitud de ancianos: «Vemos que has llegado al extremo de la edad humana, gravita sobre ti el centésimo año o más, venga, haz recuento de tu edad. Calcula cuánto de ese tiempo se ha llevado el acreedor, cuánto la amiga, cuánto el rey, cuánto el cliente, cuánto los pleitos conyugales, cuánto la sujeción de los esclavos, cuánto el vagar oficioso por la ciudad. Añade las enfermedades que nos causamos nosotros mismos y el tiempo inutilizado. Verás que dispones de menos años de los que cuentas. Haz memoria de cuándo estuviste seguro de tu propósito, cuántos días se desarrollaron como los habías programado, cuándo dispusiste de ti mismo, cuándo permaneció tu rostro inmutable y tu ánimo indemne, qué has hecho en tan largo tiempo, cuántos saquearon tu vida sin que sintieras la pérdida, cuánto se llevó el dolor vano, la alegría estúpida, el ávido deseo, los cumplidos, y qué poco ha quedado de lo tuyo. Comprenderás que mueres antes de tiempo».

¿Cuál es entonces la causa de todo eso? Vivís como si fuerais a vivir siempre, nunca recordáis vuestra fragilidad, no observáis cuánto tiempo ha pasado ya. Lo perdéis como si dispusierais de un depósito lleno y rebosante, cuando puede que precisamente ese día dedicado a un hombre o

una cosa sea el último. Teméis todo, como si fuerais mortales, y deseáis todo, como si fuerais inmortales. Oirás decir a la mayoría: «A los cincuenta años me jubilaré, a los sesenta años me retiraré». ¿Qué garantía tienes de una vida tan larga? ¿Quién permitirá que sea como dispones? ¿No te da reparo reservarte los restos de la vida y destinar a la sana reflexión sólo el tiempo que no puede emplearse en otra cosa? ¡Qué tarde es empezar a vivir cuando hay que terminar! ¡Qué estúpido olvido de la mortalidad es diferir hasta los cincuenta o sesenta años los buenos propósitos y querer iniciar la vida allá donde pocos llegaron!

#### IV

Oirás a los hombres más poderosos y con cargos más elevados emitir expresiones con las que se muestran aspirantes al ocio, lo alaban y prefieren a todos sus bienes. En ese momento, desearán descender de su cúspide, si tal cosa pudiera hacerse con seguridad; porque lo cierto es que aunque nada exterior la hostigue o trastorne, la fortuna se desploma sobre sí misma.

El divino Augusto, a quien los dioses concedieron más que a nadie, nunca dejó de anhelar tran-